

# A LO LEJOS

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga

Image not found.

# Capítulo 1

## A LO LEJOS

Quién lo iba a decir, la vida es compleja y bella y también impredecible. Estaba en la calle a pocas cuadras del instituto francés. Cámara, bolígrafos, un par de libretas y un libro en el morral. ¡Que más se puede pedir! A mis treinta años ya debería haber acabado una maestría, pero no, recién me había titulado: Licenciado en Comunicaciones. Lo importante en ese momento era seguir con la vida sin perder los sueños ni las ambiciones.

Mientras recorría la ciudad advertía algunas pistas destruidas, las casonas a punto de venirse abajo, el cielo gris, deslucido. El aire se había puesto violento. Los faros estaban encendidos.

A una calle del instituto francófono me di cuenta que una silueta me miraba y luego volvía los ojos hacia una puerta de cedro que yo conocía muy bien. Tenía el cabello castaño hasta el cuello, jean semiazulado y chaleco negro. A su lado izquierdo una niña de siete u ocho años le jaloneaba el pantalón. Pronto la mujer dijo algo, como un grito. El tráfico ni las múltiples personas que pasaban a mi lado ni la niebla de humo del pucho que acababa de encender, impedían que vea a la mujer. El viento que se colaba en mis huesos, en ella, desordenaba sus cabellos.

La niña se puso quieta. La mujer buscó algo en su chaleco. Así estuvo durante varios segundos. En eso miró a la esquina donde yo estaba. La música de Pink Floyd flotó de un taxi que se paró justo frente a mí. La mujer volvió a tocar la puerta de la casa. Era una casa de tres pisos, color mostaza. Sus ventanas eran verduzcas y con aire colonial. Yo la conocía muy bien. Ella también. Entre tanto la niña manoseaba la cerradura. Apoyada en la puerta empezaba a dibujar círculos, luego otros trazos geométricos. Sus ojos eran amplios. Su piel, clara. Sus cejas muy pobladas. En eso la criatura volvió con la mujer que supuse era su madre. Aunque la verdad nunca supe si era su madre, pero por la manera de acurrucar la cabeza sobre el vientre de la mujer, en sí formaba una imagen maternal. En estos tiempos que ya nadie brinda calor maternal, me hicieron recordar los afectos provistos en la niñez que se disiparon en la adolescencia. Estaba en eso cuando percibí que el cielo se había vuelto una manta azul oscura poblada por puntos luminosos, que nosotros llamamos estrellas.

Las mujeres muy cerca de la pista miraban por última vez la extensa fachada. Fachada de juegos y alegrías, de tormentos y decadencia. Pronto se pusieron a esperar un carro. Uno de ellos paró y las siluetas subieron. Yo saqué el último pucho. Lo encendí al mismo tiempo que el auto comenzaba a arrancar. La mujer me miró por la ventanilla. Yo también la

miré mientras mis manos se endurecían y el aire apagaba la colilla y un hilillo de humo se perdía a lo lejos.

Guillermo Francisco Salvador Saldarriaga, Licenciado en Ciencias de la Comunicación.